

# 1, 2, 3...

Lo cuento otra vez



**1, 2, 3... Lo cuento otra vez**

© REPEM, Red de Educación Popular entre Mujeres de Latinoamérica y El Caribe  
Av. Arce 2132, Edificio Illampu, piso 1, Oficina A  
Telf/Fax. (591-2) 2444922 - 2444923 - 2444924  
repemlac@gmail.com  
La Paz - Bolivia  
www.repem.org

#### **COORDINADORA GENERAL REPEM**

Mónica Novillo, Bolivia

#### **COMITÉ DIRECTIVO REPEM**

Ana Felicia Torres, Costa Rica

Cristina Cucurí, Ecuador

Elena Villanueva, Perú

Janneth Lozano, Colombia

Rosario de los Santos, Uruguay

Edición: Lucía Mayorga Garrido Cortés

Ilustración: Lucía Mayorga Garrido Cortés

Diagramación: Carolina Morón Ríos

Noviembre 2020

Esta publicación es posible gracias al apoyo de:  
DVV Internacional

DVV International  
Institut für Internationale Zusammenarbeit  
des Deutschen Volkshochschul-Verbandes  
Obere Wilhelmstr. 32  
53225 Bonn  
Alemania

# Presentación

Con gran satisfacción, presentamos la segunda versión del Concurso Latinoamericano de Cuentos Infantiles No Sexistas. Una iniciativa que nos llena de entusiasmo y que constituye nuestra modesta contribución a la producción cultural no sexista.

La Red de Educación Popular Entre Mujeres (REPEM) desarrolla acciones desde 1981, para promover una educación de calidad, laica, no sexista, inclusiva y sin discriminación a lo largo de toda la vida, para mujeres y niñas. Somos una red de más de 100 instituciones, organizaciones y grupos de mujeres en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Enfatizamos nuestras acciones en estrategias de formación y producción de conocimientos, que den visibilidad a la educación popular entre mujeres y que se constituyan en espacios de aprendizaje para la igualdad y la equidad de género, el ejercicio de la ciudadanía, los derechos humanos y la participación política, social, económica y cultural de las mujeres.

En 1989, la REPEM inició la “Campaña para la promoción de una educación no sexista”, que es una de las actividades que, año tras año, acompaña a las acciones de nuestra red y que, desde hace tres años, se articula con la campaña permanente #EducarSinDiscriminar.

El I Concurso Latinoamericano de Cuentos Infantiles No Sexistas, fue lanzado en noviembre de 1999. En esa oportunidad participaron cuentos y relatos escritos por mujeres y hombres de todas las edades, provenientes de diez países de América Latina y el Caribe, de los cuales fueron premiados y publicados siete cuentos.

El II Concurso Latinoamericano de Cuentos Infantiles No Sexistas, que presentamos en esta oportunidad, fue convocado el 21 de junio de 2019, conmemorando el Día Internacional de la Educación No Sexista, en el que participaron 36 mujeres escritoras nóveles de 23 ciudades pertenecientes a 12 países de la región (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, El Salvador, Guatemala, Panamá, Perú, República Dominicana, Venezuela y Puerto Rico).

Reconocemos el esfuerzo y creatividad de todas las autoras y sus obras participantes, cuyas historias desafían al sistema patriarcal y retan a derrumbar obstáculos hacia la equidad de género en la región.

De igual manera, agradecemos a las mujeres que integraron el jurado: Claudia Peña (Bolivia), Malu Rapacci (Colombia), Camila Szumacher (Costa Rica) y Cristina Cucuri (Ecuador), delegada en representación del Consejo Directivo de REPEM. Asimismo, agradecemos a las integrantes de la REPEM que colaboraron en la difusión de la convocatoria y a DVV Internacional, por hacer posible esta publicación.

Mónica Novillo  
Coordinadora General – REPEM

# Lila,

cimarrona de les  
arbumanes

- Beatriz Llenín Figueroa



# Como

si las hojas fueran su propio pelo rizo y abundante al viento, y como si las raíces –visibles sobre la superficie solo a veces– fueran sus emociones hondas, profundas e intangibles, Lila se piensa árbol. Al trazar espirales sobre las hoscas grietas de los troncos, Lila se eriza imaginando los aros en su interior que, según aprendió en la clase de ciencia, cuentan la historia natural de un tiempo muchísimo más largo que sus días en la escuela. A veces, cuando se acuesta bajo los árboles para contemplar los zigzagueantes rayos de luz solar, se le llenan los ojos de agua mientras la sobrecoige una desconocida sensación. Lila nunca ha querido ser una sola cosa. Quiere, como los árboles: mudar las hojas, tener a la vez vainas y flores, secarse y reverdecir, moverse siempre hacia la luz y no parar nunca de crecer, aunque nadie lo note. Lila, en su ardiente niñez, casi adolescencia, sabe que callar no siempre es no decir. Nadie conoce el lenguaje de los árboles. Pero a la pregunta acerca de qué será de grande, Lila sabe su respuesta:

—Aspiro a ser como un árbol: maciza y elocuente en mi silencio, flexible y sagaz para invitar a la luz, abierta al anidaje y a la enramada.

Aunque todo eso es cierto, tengan cuidado, a Lila no le gusta que los libros ilustrados, las películas ni los muñequitos muestren árboles con ojos, narices y bocas humanas. Ella quiere que los árboles sean árboles, con su majestuosa diferencia, con su incalculable valor, con su simultánea voluntad de agarrarse a la tierra y alcanzar las nubes. Lila preferiría que los libros, las películas y los muñequitos ilustrasen a los personajes humanos con características de árboles. Eso enseñaría a los humanos, cree nuestra protagonista, a no ser tan egoístas, destructivos y soberbios.

A Lila le han enseñado –en la escuela, la casa, el barrio, la tele, el celular y en todas partes– que solo hay dos tipos de existencia, y que estas se marcan, en español, con la “a” para el femenino y la “o” para el masculino. Pero ella nunca ha podido creer que la vida entera y, sobre todo, los árboles, se sometan a esa idea. ¿Cómo se puede saber realmente que existen solo dos maneras de vivir, de ser, de pensar, de actuar?





¿Cómo podemos asegurar que todas las formas de vida se conciben y organizan de la misma manera que la humanidad concibe y organiza la suya? ¿Cómo pueden los árboles ser masculinos del mismo modo que lo son, por ejemplo, los carros, los libros y los sueños? Ante tales preguntas, aún sin respuestas, Lila optó por usar una vocal distinta para nombrar a los personajes humanos que imagina con características de árboles. Les llamó “les arbumanes”.

Habiendo llegado a este punto en el cuento, deben saber que Lila vive con abuela Bo desde que sus mamás murieron en un atroz accidente cuando ella tenía apenas dos años. Lila no tiene detalles sobre el suceso, ni yo tampoco. Ha insistido, pero abuela Bo es más tajante con ese “no” que con ningún otro, y yo no me atrevo a molestar a Bo. También conviene que sepan –porque he notado que el mundo en el que Lila y ustedes viven le atribuye demasiada importancia a estas cosas– que Lila, criatura tropical, prefiere la ropa cómoda, fresca y fácil de llevar. Si la decisión estuviera en sus manos, nunca se pondría las faldas que tanto le gustan a su abuela porque le impiden correr y jugar libremente.

Como quiere desentrañar cosas nuevas, Lila lee y estudia mucho por su cuenta. Nunca ha aceptado eso de que las “nenas” se tienen que casar y que, siempre que se casan, lo hacen con “nenes”; tampoco cree que todas las “nenas” quieran ser mamás. Por su apariencia y por sus ideas, en la escuela y en su barrio le dicen “la nerda,” “la comelibros,” “la estofona,” “la rara” y, cuando quieren ser verdaderamente crueles, “la anormal.” Pero Lila descubrió muy pronto la clave para desairar a los molestosos: ¡la normalidad es un colosal embuste, en el mejor de los casos, y un sangriento crimen, en el peor!

En el patio de casa de Bo y Lila, hay un inmenso panapén que la abuela sembró hace muchos años. A Lila le cautivan más que nada en el mundo los tostones de pana y la pana hervida, que maja metódicamente con su tenedor hasta hacerla puré. Como ese fruto es su favorito, Lila investigó la historia de cómo los colonizadores trajeron el panapén por barco a las costas caribeñas para que fuera comida barata con la que alimentar a las personas esclavizadas. Estudiando el árbol de la pana, Lila averiguó muchas otras cosas sobre la historia común de las islas del Caribe que las que ofrecen los trillados libros de texto escolares. Lila aprendió, por ejemplo, sobre los irreversibles y graves cambios ecológicos que provocó la colonización, sobre la muerte directa e indirecta de millares de personas nativas de las islas y sobre el monumental crimen que cometieron los colonizadores al secuestrar, transportar y esclavizar en el Caribe a millones de personas provenientes de diferentes regiones africanas. ¡Y todo eso, por siglos, fue considerado “normal”!

Sintiéndose heredera, por vía de sus madres, de la tradición cimarrona de la libertad, sobre la que también aprendió estudiando la historia de la pana en el Caribe, una tarde de leves lloviznas, Lila tuvo una epifanía. Su maestra de matemática le había dicho que las ideas se piensan, no se sienten, y que los sentimientos se sienten, no se piensan; pero como Lila nunca creyó que esa división entre sentir y pensar fuera posible, había investigado hasta descubrir que a ese fenómeno de sentir una idea muy intensamente se le llama “epifanía”.

— Quizá si empiezo yo misma a hacer les arbumanes en mis cuadernos, otra gente entenderá, al fin, su importancia —pensó Lila bajo la sombra del panapén de abuela Bo.



No les he contado que Lila pinta con inmenso talento. Tampoco les había revelado que Lila decidió llamarse así cuando tenía nueve años –ahora tiene trece recién cumplidos– y que prefiere que nadie sepa su nombre anterior, el que le pusieron al nacer. Hay muchas otras cosas de nuestra protagonista que no les he dicho. Se me han olvidado o aún no las sé. ¡Quizá, como la propia Lila, nunca las sabré! El misterioso encanto de la vida es el mismo que el de los cuentos y sus secretos.

Tras su epifanía, Lila comenzó a pintar muchas figuras humanas con características de árboles. En vez de pelo humano, tenían hojas profusas. En vez de pies humanos, tenían raíces abultadas. En vez de brazos humanos, tenían ramas gruesas y flacas. En vez de facciones humanas, tenían grietas y arrugas y nidos de pajaritos. En vez de ropa como la que se ponen los humanos, tenían musgo, pequeños helechos, hormigas y lagartijos que subían y bajaban por su tronco-torso.



Tanto y tanto y tanto pintó Lila sus arbumanes que...

... comenzó a escribirles historias, a ponerles nombres, a contar sus vidas, que duraban años, décadas, siglos, milenios, y así Lila se volvió escritora;

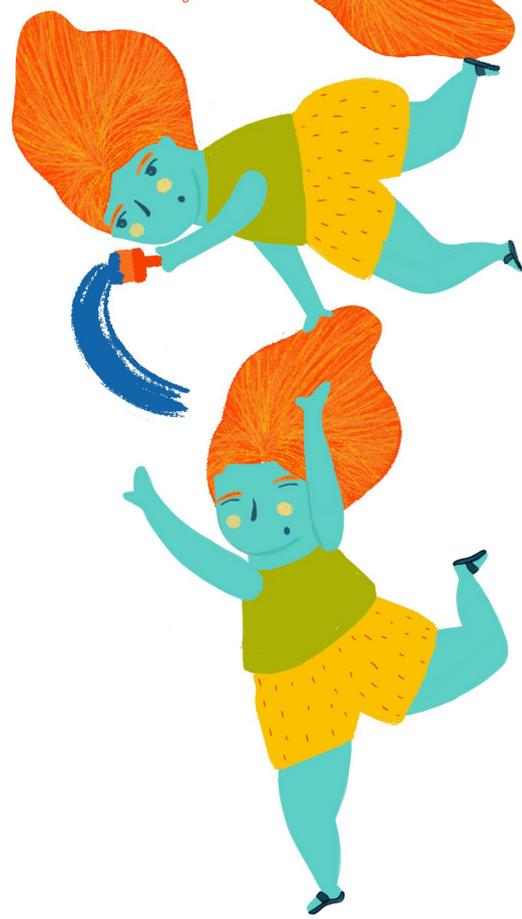
... en la escuela le pidieron que les pintara amplios, grandotes, imponentes en las paredes, y así Lila se volvió muralista;

... en las calles entre la escuela y su casa las personas le gritaban por las ventanas que, por favor, les hiciera acompañar por arbumanes, y así Lila se volvió escultora;

... sus amigas del barrio y de la escuela comenzaron a grabar a Lila pintando y escribiendo y esculpiendo sus arbumanes, y así Lila se volvió actriz;

... sus brazos y sus piernas y sus manos y sus pies hacían volteretas con vida propia, y así Lila se volvió bailarina;

... comenzó a tararearles melodías y a tocar con los cubiertos, las ollas y los platos del comedor escolar y de su casa, y así Lila se volvió música.



Tanto, tanto y tanto Lila pintó, escribió, esculpió, actuó, bailó y tarareó sus arbumanes que les artistas dejaron de ilustrar los libros, películas y muñequitos con árboles de características humanas, imitando, en su lugar, a los arbumanes. Pero pasó mucho más que hizo a Lila, quien ya era una mujer adulta, casi más feliz que cuando comía pana: se empezaron a imaginar, pintar, escribir, esculpir, actuar, bailar, tararear personajes humanos con características de diversos anfibios, pájaros, insectos, reptiles, mamíferos, microorganismos, enredaderas, plantas silvestres... Y todo eso se hacía no solo en Puerto Rico, sino también en los archipiélagos vecinos, en Jamaica, República Dominicana, Dominica, Haití, Aruba, Santa Lucía, Cuba, Islas Vírgenes, Saba, Bonaire, Antigua y Barbuda, Trinidad y Tobago, y en todo el Caribe.

Así fue que una revolución inundó los estratos tanto visibles como invisibles de lo real caribeño. Las criaturas tropicales –incluyéndonos a abuela Bo y a mí– dejamos de pensar que solo es importante aquello que es, o se parece a, una misma. Comenzamos a sentirnos parte de, a parecernos a y a hacernos acompañar por, tantas y tantas otras especies. Aprendimos a respetar la vida del cosmos en su inmensa diferencia. Cambiamos las escuelas, los currículos, las materias y las disciplinas. Trocamos los letreros públicos, la organización de la vida diaria, las relaciones interpersonales y las estructuras de gobierno. Las jerarquías, los dominios y las exclusiones desaparecieron.

A Lila se le dejó de exigir que fuera “normal,” que escogiera una sola manera de crear belleza, que entendiera siempre sus sentimientos, que actuara según los deseos de los demás y que llevara su cuerpo como dictaban las pasarelas, las iglesias o los hombres mayores. Lila, cimarrona de les arbumanes, fue libre y ya no sintió miedo. En cuanto a mí, que he crecido con arrojo junto al panapén mayor, les cuento que mis primeras panas ya están casi listas para la cosecha de abuela Bo.



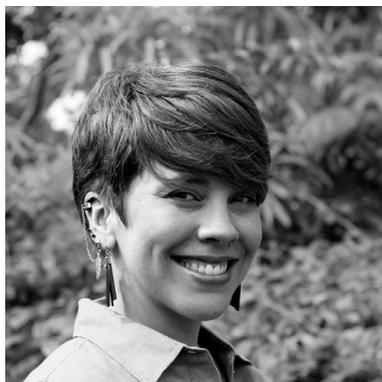
# Glosario

**Cimarrona/cimarrón.** Históricamente, en el Caribe y las Américas, es una persona que huyó de la esclavitud para construir sociedades en libertad con otros cimarrones. Hoy día, tanto sus descendientes como las personas y grupos que activamente resisten el régimen de los poderosos, construyendo sus vidas colectivas según sus propios términos, también pueden llamarse cimarronas.

**Estofona/estofón.** Persona que estudia mucho y es aplicada.

**Panapén.** Árbol tropical, cuyo fruto llamado “**pana**” se consume como alimento.

**Tostón.** Comida tradicional de la región caribeña, hecha de pana o plátano verde aplanado y frito. En Puerto Rico, también se emplea la palabra “tostón” para referirse a una situación o circunstancia difícil e inoportuna.



**Beatriz Llenín Figueroa**  
(Cabo Rojo, Puerto Rico)

“Lila, cimarrona de les arbumanes”

Lee, escribe, piensa, sueña, camina, siembra y grita desde su amado –y también asolado– archipiélago de Puerto Rico. Siempre atenta a su región, Caribe. Profesora de literatura, editora, traductora y aprendiz de teatrera. Junto a su amada compañera Lissette, es mamá del perro Andre y de la gata Clara. Cree en el amor y en la importancia de lo pequeño.

El sueño secreto  
de una

# Tutú

de ballet

- Elithet Silva Martínez



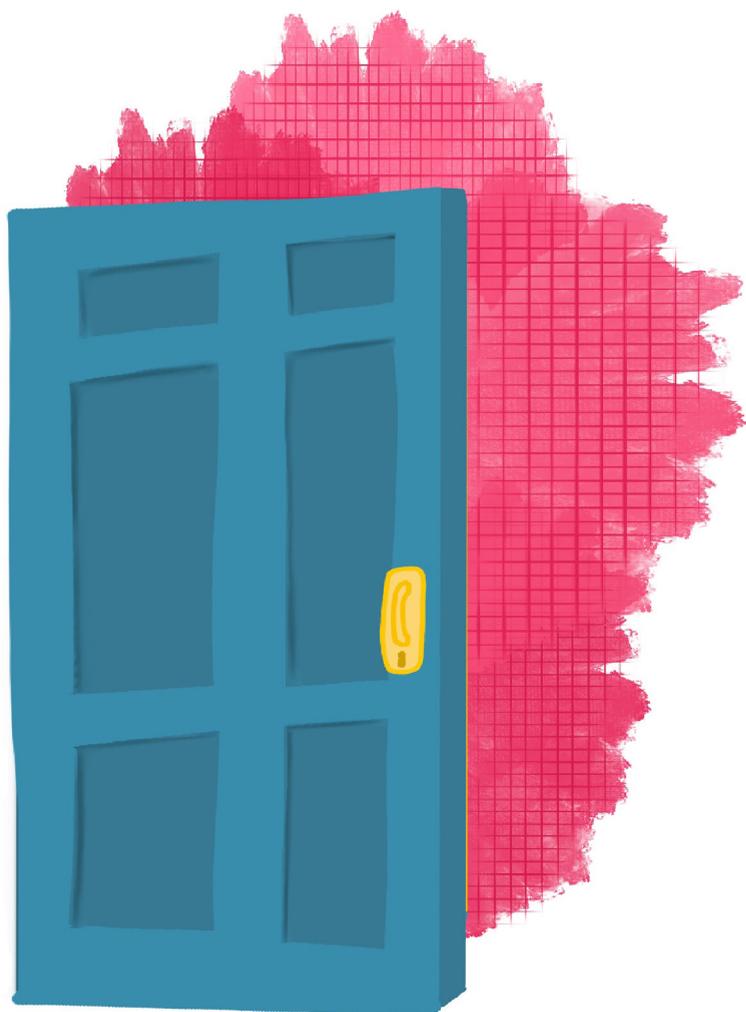
# ¿Alguna

vez has

estado en un estudio de ballet? El piso liso y brillante, con paneles lineales de madera en barniz claro, rodeado de cristales del piso al techo. ¡No hay ni una mancha! Lucen impecables gracias a doña Tata, que los limpia celosamente todos los días a las seis de la tarde.

A cada lado del estudio hay barandas, donde se apoyan las muchachas que practican a diario. Desde el amanecer hasta el atardecer, entran y salen *ballerinas* que buscan domar las zapatillas. Pero el estudio no es solo el salón de ensayo, una puerta angostita y de color azul lleva a un lugar importante en la vida de las *ballerinas*: el camerino. El camerino contiene armarios llenos de vestuarios. Ahí dentro están las hebillas, mallas, zapatillas, colores, lápices labiales, en fin, de todo lo que se necesita para prepararse y salir a actuar perfectas y hermosas. En medio de la habitación, resalta un ropero color crema que guarda “lo más lindo que existe”, según las *ballerinas*; “la cosa más mona,” como diría Maestra Constanza. Allí están nada más y nada menos que las tutús.

No todas lo saben, pero justo cuando doña Tata cierra con llave el estudio y ya no se escuchan los pasos de quienes lo visitan, se enciende la fiesta en el camerino. Despiertan las zapatillas, los leotardos y hasta las tutús. Allí celebran lo lindo que bailó Leila o que Mayra finalmente logró el *grand jeté*. Saltan de alegría y dan vueltas y vueltas.





Cada una de las integrantes del camerino se siente orgullosa de ser parte de un baile tan hermoso, poderoso y liberador como lo es el ballet. Sin embargo, aunque Yeya, la tutú más pequeña del grupo, admira y respeta el baile, sufre en silencio. Ella no encuentra en el ballet la felicidad absoluta que el resto de las tutús dicen sentir cuando abrazan la cintura de las *ballerinas* y se dejan llevar por el ritmo de la música clásica. Resulta que en el edificio de al lado se escuchan ritmos distintos y muchas risas, y es allí donde Yeya quisiera estar. Pero, qué dolor en el corazón sentirían las hermanas tutús si se enteraran de lo que Yeya desea en secreto. Además, ¿quién no querría ser una tutú, con capas y capas de tul rosado, linda, bella y preciosa?

Parece que nadie nota la sonrisa a media asta de Yeya. Sin embargo, siempre hay una sabia que nos acompaña, a veces la vemos, a veces no. En el caso de Yeya, su mentora es la tutú Balanchine, quien había estado en los principales escenarios del mundo, una tutú que sí que “tiene calle”. La Balanchine desaparecía de vez en cuando, iba y venía cuando le venía en gana. Sabía lo que acontecía no solo en el edificio de al lado, sino también lo que sucedía en toda la ciudad.

— Echa pa’cá, Yeya, vámonos a la azotea a bembetear un rato — sugiere la Balanchine.

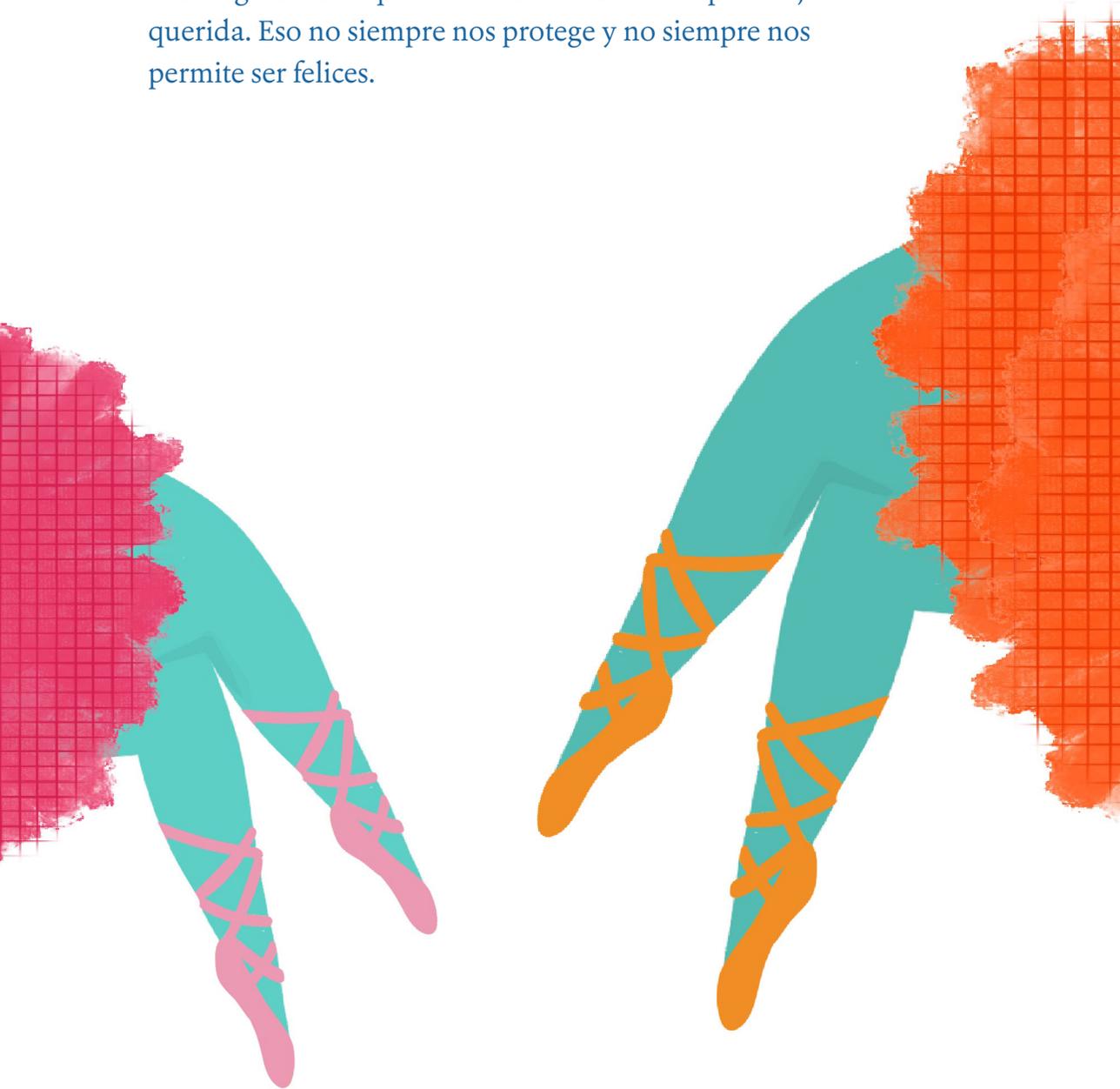
— No se dice “echa pa’cá”, se dice “ven para acá” — salta diciendo Satcha, la tutú con los cristales swarovski, la más *chic* del estudio.

— Tampoco se dice “bembetear”, se dice “hablar, dialogar, charlar” — le tararea Irina, una tutú de estilo romántico, que acomoda con gentileza las florecillas de seda que le adornan a la perfección.

Yeya sigue a la Balanchine hasta la azotea con la mirada baja. Cuando se cierra la puerta, Yeya estalla en llanto. Cubren el tul montones de lágrimas que parecen chispas de rocío. Llora y llora, y no puede parar. La Balanchine, la cubre con su propio tul y le acompaña en silencio amoroso.

— Llevo tanto tiempo tapándome la boca... pero es que no lo puedo decir —dice Yeya entre llanto.

— En tu tiempo, ya sea hoy o mañana, te presto mis oídos y te regalo mi corazón, por si necesitas un lugar seguro donde guardar lo que se esconde detrás del tapaboca, querida. Eso no siempre nos protege y no siempre nos permite ser felices.



Yeya, trata de decir algo, pero se atraganta y tose. Suspira. Están pa'tras y pa'lante un largo rato, hasta que, como un estallido de cable eléctrico, Yeya lo suelta:

– ¡No quiero ser tutú de ballet! ¡Me mareo cuando me agarro de la cintura de *la ballerina*! ¡Se me olvidan los pasos! ¡El *grand jeté* me da pavor! ¡Es lindo, pero no me sale! – Yeya se hiperventila y sacude sus lágrimas – Hay algo peor que debo confesar y que es pecado capital ¡Ay, Irina se muere si se entera! Bueno, lo voy a sacar pa'fuera: no me gusta el baile, Balanchine. Realmente lo que me gusta, me apasiona, me encanta es... ¡la comedia!

Yeya, se llena la boca de tul y cierra los ojos con fuerza como si estuviera lista para soportar un gran regaño. La Balanchine abraza a Yeya y la consuela solidaria. De momento, se escucha al lado el sonido de un clarinete y platillos de la banda del circo de la calle que se prepara para su presentación en la plaza en Mayagüez. Yeya se detiene y observa a través de la ventana cómo ensayan lxs payasxs.

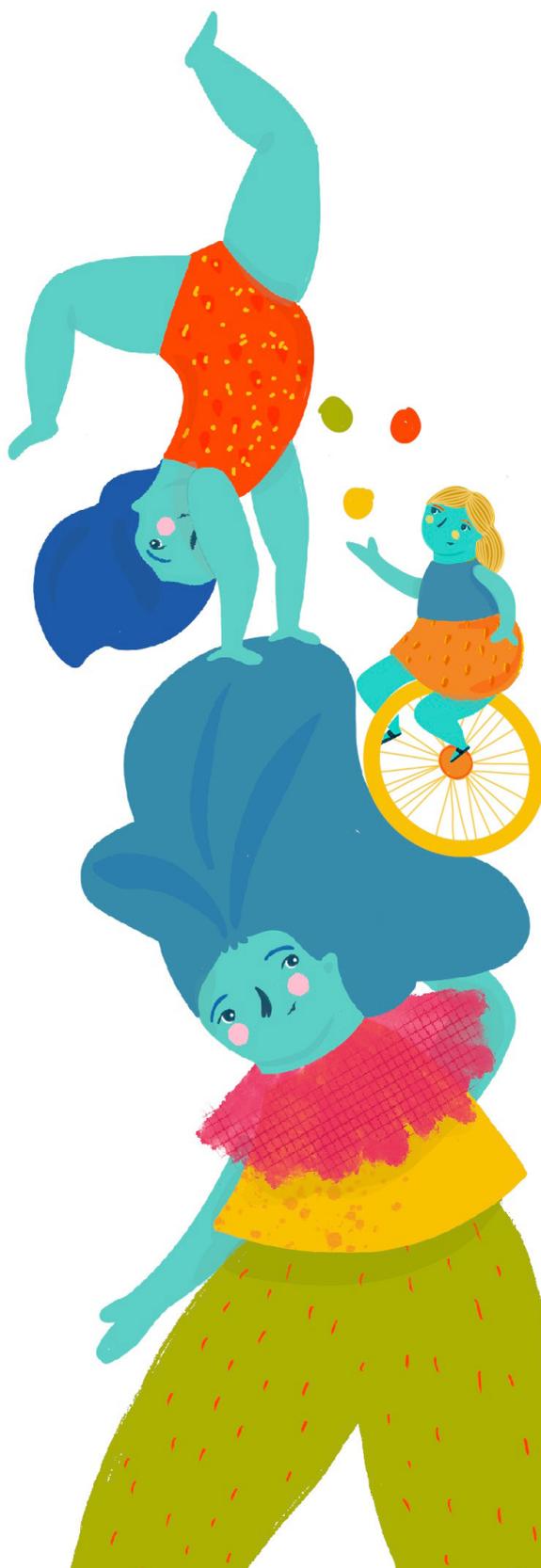
— Sueño con ser parte de Circo Libertá', pero imagínate, qué clase de papelón haría yo. Una tutú plato color rosa en el circo de la plaza, ¿qué pito tocaría yo allí?

La Balanchine sacude el tul y pone cara de quien está a puntito de hacer una travesura, pero de esas travesuras épicas, de esas de las que luego terminan en pedir perdón o en un castigo:

— ¡Vamos pa'llá, Yeya! Dale que te acompaño. Dale, dale, que ya son las diez de la noche y ellxs ensayan hasta las doce.

Tanto insistió la Balanchine, que convenció a Yeya de ir para allá. Lo que pasó cuando se asomaron al ensayo de Circo Libertá' requiere de un muy largo rato para ser contado, pero ¿quieres saber qué es de la vida de Yeya hoy en día? Hoy Yeya es nada más y nada menos que la collarina de colores del vestuario de Atabeyra, la payasa más cómica de todos los circos del mundo. Los días de ensayo, muchas de las tutús saludan con emoción a Yeya desde la azotea, mientras que la Balanchine se escapa a circundar la ciudad. Yeya, teñida de colores, hace piruetas y saca las más sonoras carcajadas. Entre todas las risas, se escucha la más feliz de todas, la suya.

Y, colorín colorado, este cuento se ha acabado.



# Glosario

**Ballerina (francés).** Bailarina.

**Leotardo.** Traje de cuerpo entero muy ceñido, que utilizan bailarinas, acróbatas o deportistas.

**Grand jeté (francés).** Nombre de un paso de ballet en el que la bailarina da un salto en el aire para realizar un split (apertura de piernas).

**Bembetear.** Contar algo, chismear.  
Swarovski. Es un cristal fino, fabricado para su uso en joyas.

**Chic (francés).** Que es elegante y sigue la moda.



**Elithet Silva Martínez**  
(San Juan, Puerto Rico)

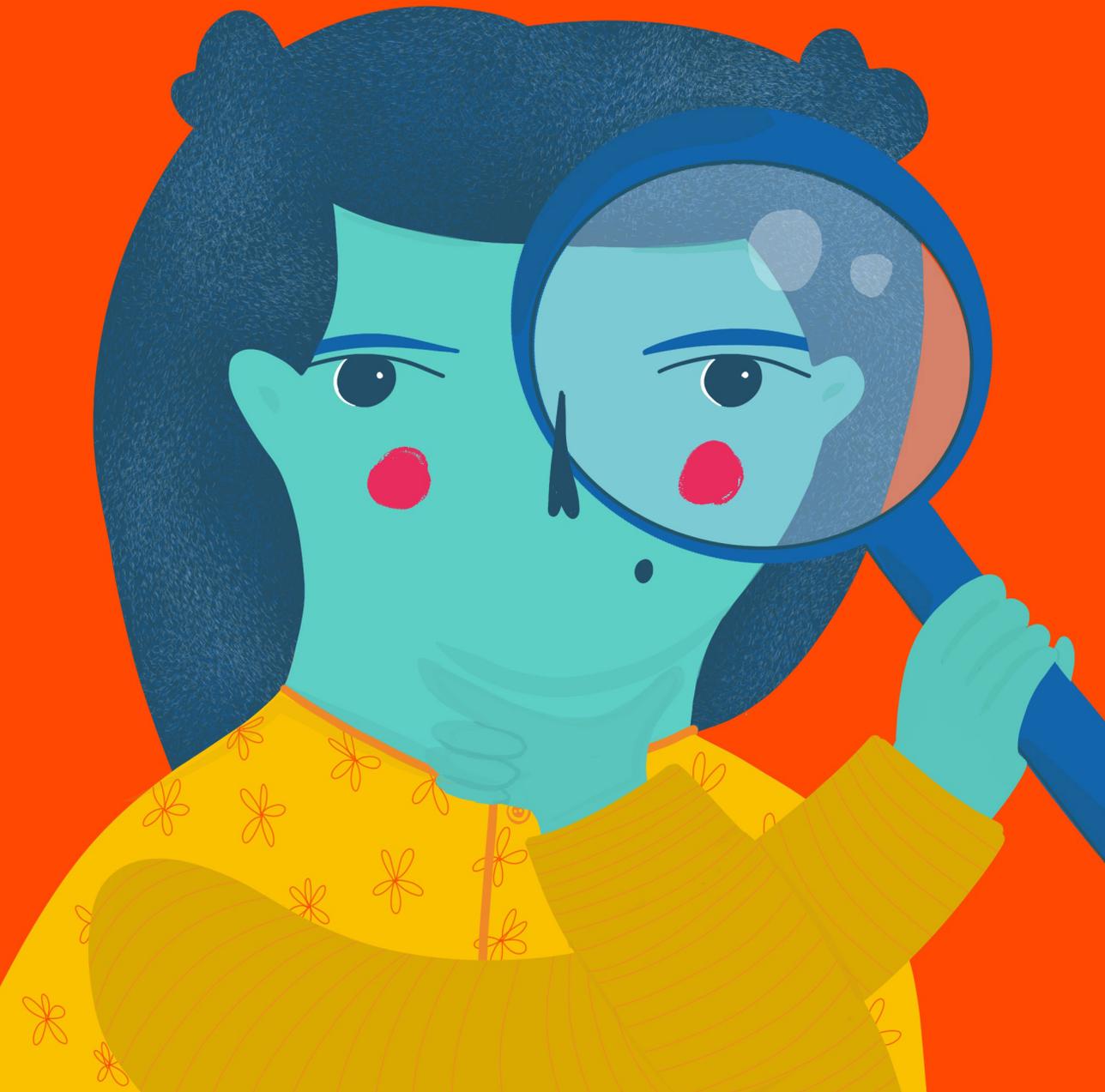
“El sueño secreto de una tutú de ballet”

Docente en la Escuela Graduada de Trabajo Social de la Universidad de Puerto Rico y de la facultad afiliada del Center on Violence Against Women and Children de Rutgers School of Social Work. Como trabajadora social, su actividad se ha centrado en la labor en torno al trauma, con sobrevivientes, sus familias y las comunidades; y ha dictado cursos sobre violencia y acompañamiento a sobrevivientes. Co-lidera la organización SIEMPRE VIVAS Metro. Su trabajo está inspirado en las historias de las mujeres de su vida: sus abuelas, su madre y sus hijas, Lina y Lara, de diez y siete años, respectivamente.

# Susi-k,

detective de mujeres

- Daniela Lillo Muñoz



**Susi** llegó emocionada de la escuela y esperó ansiosa a que su papá y mamá regresaran del trabajo. Apenas cruzaron la puerta se abalanzó sobre ellos:

– Mamá, papá, hoy la profesora anunció cuándo será el Día del Personaje.

El Día del Personaje era el favorito de Susi, incluso más que las vacaciones o el aniversario de la escuela. Ese día, como decía la profesora, estaba dedicado a “aquellas personas en la historia que han hecho grandes cosas”; es por eso que cada estudiante debía elegir a un personaje histórico y disfrazarse de él para luego presentarse al curso y contar quién es. ¿Por qué era el día favorito de Susi?, porque ella amaba todo aquello que tenía que ver con lo detectivesco: resolver misterios, seguir pistas y ¡claro! disfrazarse es esencial para todo buen detective, pues muchas veces hay que infiltrarse y pasar desapercibido. ¿Hay algo más entretenido que eso? Susi creía que no.

— ¡Oh, qué emocionante! —dijo su papá, mientras se agachaba para darle un beso en la mejilla— este es el último año que te toca, pues el próximo irás a secundaria. ¿Has pensado de quién quieres disfrazarte?

Esa era una pregunta muy seria para Susi. Siendo el día favorito de su vida escolar, no era una decisión que podía tomar así de fácil, además, ¡era el último!, debía ser perfecto. Cada año, Susi se dedicaba empeñosamente en elegir a su personaje. Pensaba y buscaba en sus textos y tareas del colegio a quién interpretar, revisándolos una y otra vez, hasta que encontraba al indicado. Luego, buscaba imágenes y su papá y mamá le ayudaban a encontrar prendas que le sirvieran para armar el disfraz. Finalmente, practicaba la biografía del personaje frente a su familia.

Esa tarde y los siguientes días, Susi se dedicó a pensar qué personaje le gustaría hacer, pero nada la convencía.

– Piensa en alguien que admires, Susi –le decía su mamá– ¿por qué no te disfrazas del capitán de tu equipo favorito de fútbol? Hasta tienes la camiseta que te regaló tu hermano para tu cumpleaños.

– ¿Y de ese científico? Te gustó mucho cuando lo enseñaron en la escuela –comentó su papá.

– O de ese tipo que fue a la luna, ¿no es genial? –propuso su hermano.

Pero Susi seguía en la mesa con los codos sosteniéndole la cabeza y mirando al techo, intentando ordenar sus ideas. Ninguna sugerencia la entusiasmaba.

– Es solo que... ya no quiero vestirme de hombre –exclamó–, estoy cansada de ponerme un bigote en la cara, esconderme el pelo en una trenza para que no se vea largo o usar la ropa de mi hermano, huele mal. Me quiero disfrazar de una mujer.

– ¡Qué gran idea! –exclamaron todos–, ¿de quién te vas a disfrazar?

Susi quedó en silencio, no sabía qué responder. Intentó recordar a alguna mujer famosa que haya visto en clases, pero no logró pensar en ninguna.

– No lo sé. Lo investigaré –dijo en su tono serio de detective y, levantando su plato y vaso de la mesa y dejándolos en el fregadero, se fue a su habitación.

Susi revisó sus cuadernos y libros del colegio buscando el nombre de alguna mujer para interpretar, pero no encontró nada. Revisó también el librero de sus padres, pero ninguna carátula anunciaba una protagonista.

– Las mujeres han desaparecido de los libros –sentenció Susi– esto es un caso para resolver.



Como toda buena detective, Susi tenía una compañera: la Feña, su vecina que también iba a su clase. “Feña, he evidenciado una desaparición. Requiere investigación urgente. Este sábado nos reunimos en la plaza a las 10:00”, anotó con su letra redonda en una hoja de cuaderno y la dejó bajo el macetero grande del jardín de la Feña, que usaban para su correspondencia secreta. Ese sábado en la mañana, Susi le contó en breves palabras lo sucedido a Feña, mientras ella la miraba atenta y con preocupación.

— Esto es grave, detective Susi —dijo preocupada— si las mujeres desaparecen así de los libros, puede que en el futuro también desaparezcamos nosotras y nadie nos recuerde.

— Elemental, mi querida Feña —respondió seria Susi— es por eso por lo que hoy haremos un circuito de investigación: policía, biblioteca, monumentos, nombres de calles. Esas mujeres deben estar en alguna parte. En marcha.

Susi y Feña se dirigieron entonces a la estación de policía más cercana.

– ¿Has pensado de qué te vas a disfrazar para el Día del Personaje, Feña? –preguntó Susi mientras comían unos sándwiches que les había preparado el papá de Feña.

– De Simón Bolívar –respondió Feña– ¡deberías ver cómo me está quedando la espada!

– ¡Genial! ¡Debes guardarla después para que juguemos en la plaza!

Estaban imaginando cómo sería su coreografía de espadas, cuando llegaron a la estación. Entraron y se dirigieron al jefe de la policía, Susi habló primero:

– Hemos evidenciado la desaparición de una mujer y queremos saber si la policía sabe algo al respecto.

– ¡¿Quién ha desaparecido?! ¡¿Tu mamá, tu abuela, alguna tía?! –exclamó preocupado el policía.

– Todas –respondió Feña.

– ¿Todas?

– Todas las mujeres.

Susi le explicó entonces su búsqueda en vano de las mujeres en libros y cuadernos, pero al policía no pareció preocuparle tanto como a ellas y les advirtió que esa clase de bromas no eran adecuadas. Sin bajar los ánimos, Susi y Feña recorrieron los puntos clave de su lista: en la biblioteca tan solo encontraron libros que hablaban de los héroes, artistas y científicos que ya habían visto en clases, pero desarrollados con mayor profundidad; en los monumentos de plazas solo vieron figuras masculinas con placas que dictaban una lista de hombres antiguos; en las calles leyeron repetitivamente “Bernardo”, “José”, “Camilo”, “Antonio” y otros; pero no lograron encontrar a las mujeres ni saber qué es lo que había pasado con ellas. Cansadas y algo frustradas Susi y Feña regresaron a sus casas.



— ¿Qué pasa Susi?, ¿por qué estás tan triste? —le preguntó su mamá cuando la vio entrar.

—Porque no encuentro a las mujeres, mamá, no están por ninguna parte. No existen.

—Quizás no es que no existan, Susi, quizás solo están escondidas.

Susi no respondió nada. Subió a su pieza en silencio y se acostó encima del tumulto de hojas de cuadernos y libros que había quedado de su búsqueda del día anterior. De pronto, sumergida entre el sueño y el desgano, vio algo en una de las páginas de un libro en lo que no se había detenido antes. Ahí, en la foto de un hombre importante, a un costado, con el rostro casi cortado, había una mujer. Leyó el texto que estaba debajo: “Fotografía del Sr. Smith junto a su esposa, con quien trabajaba en el laboratorio”. La cara de Susi se iluminó por completo. Tomó acelerada papel y lápiz y escribió: “Sí existen. Hay pistas. Nos vemos en la biblioteca mañana a las 10:00. Necesitaremos toda la ayuda posible”. Lo dobló y salió en dirección al macetero de la Feña.

Al otro día, Susi se levantó temprano a desayunar y partió rumbo a la biblioteca. Al llegar vio en la entrada a la Feña, pero no estaba sola, las otras doce chicas de su clase estaban esperando ansiosas. Se acomodaron en una mesa dentro y Susi les contó entonces lo que había descubierto:

—Las mujeres no están desaparecidas, están en los libros, solo que no las colocan ni al principio, ni al medio, las ponen al final o en las orillas o borrosas en las fotos. A las mujeres las escondieron, nosotras vamos a sacarlas a la luz.

Luego les mostró orgullosa una larga lista de nombres de mujeres que había encontrado durante la noche revisando minuciosamente cada libro y cuaderno que había en su casa. Susi y sus amigas sabían entonces qué hacer y rápidamente se pusieron manos a la obra. Unas chicas sacaban libros de los estantes; otras revisaban nombres, anotaban, tachaban; y otras tomaban nota de todo lo que podían desde los computadores de la sala de consulta.

—Susi, esto es genial, ¡ahora hay tantas opciones!, ¿de quién irás disfrazada?

—Creo que ya sé, ya verás —respondió Susi mientras apretaba ansiosa con el puño un papel con un nombre anotado.



La noche anterior al Día del Personaje, Susi casi no pudo dormir de los nervios. Despertó temprano y, con mucho cuidado, se puso las ropas que había preparado con su papá, mientras su mamá la esperaba en el baño para peinarla. Cuando llegó a la sala de clase, ¡fue increíble!, Susi no era la única: todas sus compañeras estaban disfrazadas de las mujeres que habían descubierto durante el fin de semana: científicas, políticas, músicas, deportistas, pintoras, filósofas y más. Susi nunca había visto tantas mujeres en el Día del Personaje, definitivamente ese era el mejor día de todos. De pronto, en medio de un tumulto, una chica con un tomate amarrado en el pelo y una chaqueta militar roja y azul se le acercó:

—¡Feña! —exclamó sorprendida— No te había reconocido, pensé que vendrías de Simón Bolívar.



—Pues no, ¡soy Manuelita Sáenz, Libertadora del Libertador! —respondió Feña emocionada— ¿Puedes creer que ella también peleaba en el Ejército Libertador y qué salvó a Bolívar de un intento de asesinato? ¡No tenía idea! ¿Y tú, de quién viniste?

—Vine de Kate Warne, la primera mujer detective.

—¡Manuelita y Kate presentes! Todo gracias a la detective Susi.

—Desde ahora, la detective Susi-K.



**Daniela Lillo Muñoz**  
(Santiago, Chile)

“Susi-K, detective de mujeres”

Feminista, profesora de Lenguaje y Comunicación y magíster en Estudios de Género y Cultura. Ha profundizado la línea de investigación sobre género y educación, tanto en las políticas públicas como en las prácticas y discursos en el aula; y también los estudios sobre niñez y género, principalmente en etnografías con niñas. Junto a su hermana, crearon los fanzines *Las niñas del Sename* y *Para el día del niño: una historia*.

# Rapidina

## Raparulos

- Patricia Carvajal Vargas



# Rapidina

Raparulos tenía once años y era la mejor arquera que había tenido el club de fútbol Lázaro Levántate y Golea de la población Esperanza de Vida. Pero no siempre fue así, Rapidina y sus amigas tuvieron un camino difícil antes de lograr jugar fútbol en la liga femenina.

El club había sido fundado por el abuelo de Rapidina, don Serafín Sinfín del Confín, y la sede deportiva llevaba por nombre el de su otro abuelo, don Segismundo Cejas Orondo, que también había sido presidente vitalicio hasta el día en que murió de pura risa. El club contaba con veintidós socios, todos fundadores, hijos de los socios fundadores o nietos de los socios fundadores. Es decir, no había ningún participante que no fuera hombre ni del linaje de los fundadores. De todos los socios, cada uno aportaba con uno o dos jugadores que, para ser reconocido como jugador estrella, debía por lo menos hacer cinco goles al archirrival, el club de fútbol Los de la Calceta Rayada.

La gran pena de don Serafín Sinfín del Confín era que el solo tenía a su nieta Rapidina Raparulos, ya que su hija había sido bendecida solamente con una maternidad. Y, así como él, habían varios socios fundadores que solo tenían hijas o nietas.

Para Rapidina el tema del fútbol no era desconocido, toda su vida había escuchado que los contadores de goles eran las visitas más apreciadas de la poblita. Estos contadores apuntaban en su libreta las hazañas de cada uno de los fundadores. Por ejemplo, Martin Zapatero y su hijo Rodolfo Calzado habían sumado, anotando veintitrés goles, la dieciseisava estrella al escudo de su club; Romirio Simpie y su nieto Sofanor Calceta, con veintiún goles, ganaron para su equipo la estrella número diecinueve; y Bendecido Balompié y su hijo Generoso Pase, con la onerosa suma de treinta y un goles, consiguieron la estrella número quince. Y así, estas historias, una tras otra, eran archisabidas por Rapidina.



Un día, cuando practicaba pase de talón con su abuelo, Rapidina preguntó:

– ¿Dónde están las mujeres, abuelo Serafín?

– Por ahí hijita, en la cocina o en la lavandería –respondió el abuelo.

Rapidina lo miró sorprendida.

– Abuelo, yo pregunto por las goleadoras del club. El abuelo Serafín se atoró con el golazo que no alcanzó a taparle a su nieta.

– Qué goleadoras ni nada, Rapidina, en el club no juegan mujeres.

Rapidina frunció el ceño, tomó la pelota y rápidamente se fue calle abajo a buscar a sus amigas del secreto club de fútbol femenino Goleadoras Sin Calcetas.

— Amigas, –dijo Rapidina– ¡reunión urgente! Todas se acercaron y vieron su cara de preocupación. El abuelo me dijo que en el club nunca hubo mujeres goleadoras, ¿cómo vamos a participar del campeonato si no tenemos club patrocinador?

— Rapidina –dijo Martina Ciempiés–, eso lo sabíamos desde que empezamos a entrenar a escondidas. Mira cómo tengo las rodillas de tanto aterrizar en el corral.

— Faltan dos semanas para la inscripción, debemos buscar la solución ahora –dijo Luvia de Estelas, y empezó a llorar desconsoladamente.



Rosalba del Alba buscó su cuaderno y anotó: “Acta 106. Buscar solución”. Canela del Alba miró a su hermana, luego hacia el cielo y suspiró. Miranda del Sol frotó sus manos, hizo un movimiento de rodillas y se sentó cabizbaja. Remedio Buendía buscó en su caja mágica y le dio unas gotas de esperanza a cada una:

— A ver amigas, ¿nosotras jugamos a ganar o a perder?

— ¡A ganar! –gritaron todas.

Rapidina sintió que las esperanzas de todas eran las mismas: participar del campeonato de fútbol comunal y representar a sus papás y abuelos del club Lázaro, Levántate y Golea.

— Vamos a hacer un plan –dijo Rapidina–, todas vamos a aportar con ideas. Rosalba, toma nota en el cuaderno de actas.

Rapidina y sus compañeras futboleras empezaron a dar sus opiniones. Eran tantas y tan divertidas como lo era su imaginación:

– Escondamos todas las pelotas y de recompensa pedimos jugar en el campeonato –dijo Miranda del Sol.

– Cerremos con candado la sede del club y los dejamos a todos encerrados –dijo Canela del Alba.

– Protestemos en la plaza –dijo Luvia de Estelas.

– Vámonos a vivir a otro pueblo y ahí fundamos un nuevo club que sea solo de mujeres –dijo Martina Ciempiés.

– Escribamos una carta al diario y exijamos nuestro derecho a ser iguales –dijo Rosalba del Alba.

– Digamos que si no nos dejan jugar, no nos casaremos ni tendremos hijos y así el club lentamente irá desapareciendo –dijo Rapidina.

Rosalba iba anotando cada aporte en su cuaderno de actas. Así, al final de la lluvia de ideas, iban a poder votar y elegir la mejor solución. Estaban en esa tarea, cuando Rapidina escuchó la voz de su abuelo llamándola:

— Rapidina de mi corazón, ¿dónde estás? Ven aquí con tu abuelo.

Entonces, Rapidina dijo a sus amigas:

— Creo que la solución está por llegar –y muy contenta salió en busca de su abuelo.

Las demás niñas se quedaron muy atentas a las noticias que traería Rapidina.

— ¿Será capaz de convencer a su abuelo? –se preguntaban.



Don Serafín sabe muchas cosas de su nieta Rapidina. Sabe que es la mejor arquera de la poblita; sabe que si se lo propone, ella no descansa hasta conseguir sus sueños; sabe que su corazón no sería capaz de negarle nada; y, por último, sabe que los tiempos han cambiado, que es necesario que las niñas puedan jugar fútbol y representar a su club en los campeonatos.

— Rapidina, —dijo el abuelo— ¿por qué te escapaste?, yo sé que lo que tú más quieres en la vida es vestir los colores del club y atrapar tantos goles como tu corazón pueda. Se abrazaron, y Rapidina le respondió:

— Abuelo, yo pensé que tú no querías verme jugar, pero nosotras, las del club Goleadoras Sin Calcetas, hemos entrenado muy duro. Crecimos viendo jugar fútbol a los niños y no comprendemos por qué nosotras no podemos hacerlo.

El abuelo le confidenció a Rapidina que los socios fundadores tuvieron una reunión en la que determinaron cambiar las reglas. Desde esa semana, las niñas podrían entrenar en el club, llevar la camiseta e inscribirse en el campeonato. Le explicó que sabían que los tiempos habían cambiado y que, gracias a la pasión por el fútbol de Rapidina y sus amiguitas, sus viejos corazones habían entendido que ya era momento de abrir las puertas del club a las niñas. Rapidina corrió hacia donde estaban sus compañeras, les contó las buenas nuevas y juntas hicieron el baile de las patitas peladas. Un baile que habían estado practicando para cuando ganaran su primer partido.



Esa semana fue muy intensa, se inscribieron en el campeonato, decidieron el diseño del equipo de fútbol, sacaron sus credenciales como integrantes del club y pusieron una gran foto en el salón de honor. Al final del año, lograron el segundo lugar del campeonato de fútbol femenino, por lo que pudieron hacer muchas veces el baile de las patitas peladas. Inscribieron a más niñas en su club y fueron ganadas, de a poquito, nuevas estrellas.

“Las niñas también pueden”, era el lema del club Go-leadoras Sin Calcetas. Así como Rapidina y sus amigas cumplieron sus objetivos, nunca te des por vencida, porque los límites solo están en la mente. Abre tu corazón y sueña en grande.



# Glosario

**Poblita.** En Chile, se llama así a los barrios marginales, es decir, zonas habitadas por personas con bajos recursos.



**Patricia Soledad Carvajal Vargas**  
(Iquique, Chile)

“Rapidina Raparulos”

Teatrista, actriz, gestora cultural, integrante fundadora del Colectivo Feminista Emancipa, integrante de la Red de Mujeres del Norte. Miembro, desde el año 1983, de la Compañía de Teatro TENOR, dirigida por el maestro de las tablas iquiqueñas, Guillermo Jorquera Morales, con la que ha participado en exitosos montajes a nivel nacional e internacional. Expresidenta y fundadora de Agrupación de Teatristas de Iquique (ATI). Integrante fundadora del Colectivo Z de Teatro Espontáneo. Ganadora de la primera versión del Concurso Iquique en 100 palabras, con el cuento “Abuelo Chino”, el año 2011.

“Amo escribir cuentos, relatos cortos y poesía. Cada día es un agradecer por ser parte de este proceso llamado vida e intento transitar cada instante de forma consciente, siendo parte del aprendizaje colectivo”.

La dulce  
**ñusta**  
Cecilia

- Sandra Zarela Carhuarupay Jara



*Este relato está inspirado en la historia no oficial, que sólo se atrevieron a develar almas identificadas con el sentir del pueblo vencido. Se trata de una alegoría acerca de cómo fue la crianza de las criaturas en el incanato y que se practica hasta hoy en el Perú profundo. Al mismo tiempo, narra la historia de la gran Cecilia Tupac Amaru (prima hermana de Tupac Amaru II), mujer que se forjó como acero ante las injusticias de hombres extraños llegados a nuestras tierras desde 1492, que cometían todo tipo de abusos y castigaban de manera vil a hombres, mujeres, niños y ancianos originarios. Cecilia, por ver su pueblo libre de opresión, sembró, con heroicidad, las semillas para que perdure la noción del buen vivir en comunidad hasta el presente.*

**En** un lindo paraje había nacido una hermosa niña, heredera natural de las tierras y aires andinos, a quien llamaban Cecilia. Su madre le daba a diario infinito amor. La aseaba y envolvía en sus brazos con una kipirina, una mantilla tejida de colores como el prado primaveral. Así pasó el tiempo, hasta que un día le dijo:

— Mi wawa, ¡ya tienes tres meses!, ¡cómo has crecido! Hoy, que tus bracitos están fuertes, ya dejarás las kipirinas y podrás calentarte solita.

Cecilia sentía alegría escuchando a su madre que, antes de dormir o mientras la amamantaba mañana, tarde y noche, le contaba lindas historias acerca de la vida de sus abuelos. Luego, la ponía en su cuna de dos patas cortas y dos patas largas y esperaba a que se durmiera, meciéndola como si estuviera en un infinito viaje.

Pronto llegó el día del destete y lo celebraron con una gran fiesta de alegría. Sus padres la llevaron al abrazo de la Pachamama, que vestía con una bella kipirina de colores hecha con lana de vicuña, alpaca y llama. Así Cecilia, fue creciendo, poco a poco, con el alimento del canto de la naturaleza.

El paso de los años había hecho de Cecilia una mujer como el ñuqchu: dulce, delicada y suave. Su hermano Diego Cristóbal la observaba con profundo cariño, tratando de comprender cómo ella persona delgada, pequeña y frágil, tenía a la vez un carácter aguerrido y estaba llena de sueños, lista para atrapar las estrellas.



Cuando salía al campo, Cecilia contemplaba extasiada la inmensa belleza de las alfombras de ichu, hierbas, flores, arbustos; lagos y ríos transparentes como su alma. En medio del silencio, escuchaba que su corazón tierno le hablaba de la pobreza, tormentos y miserias de sus hermanos que partían sin retorno; entonces, un aguacero bajaba por sus mejillas añorando el tiempo que habían vivido caminando juntos, varón y mujer, hembra y macho, haciendo parir la tierra en comunidad.

Una tarde, cuando conversaba con los apus –cerros sagrados– y con los auquis –espíritus que moraban en las altas cumbres donde el cóndor majestuoso vuela–, el viento susurró a sus oídos, Cecilia levantó la cabeza y miró que el cielo estaba extraño, como si presagiara algo. No había pasado mucho tiempo y por el mar llegó Antonio de Arche, un chapetón con títulos, medallas, órdenes y cruces que le colgaban del pecho, cual vendedor de feria, en busca de la joven ñusta.

– A las mujeres hay que convertirlas en esposas y madres sumisas, débiles, bellas y seductoras para que gusten a los varones; tenerlas de sirvientas y esclavas para cumplir con las tareas domésticas –dijo gritando, creyendo que las mujeres no tenían cerebro.

Después de observar a Cecilia a lo lejos, el chapetón, nuevamente, lanzó un tremendo alarido:

– Atrapen a esa Cecilia, ¡dijo llamarse Cecilia Escalera, pero dice que otro es su nombre!



Al ver esta escena, el tayta inti resplandeciente se escondió tras las nubes y pronto oscureció el cielo. Gruesas capas de nubes se arrastraron; sonaron truenos; como látigos que chispean, centellaron relámpagos; las aves aletearon entre las espinas y los hombres levantaron sus manos al cielo emitiendo gritos inentendibles. El Haucaypata, la plaza que antaño había convocado a innumerables ceremonias, contemplado fastuosas fiestas y gloriosos desfiles incas, ensombreció hasta estar en tinieblas y el viento sopló un lamento extraño.

Inmediatamente trajeron a Cecilia ante el Chapetón que, rompiendo su ropa, ordenó:

— Amárrenle pies y manos, pónganle sobre un burro y flagélenla con doscientos azotes por atreverse a pensar y hablar.

Así la pasearon con crueldad, por calles principales, para que todos tengan miedo. Delante de ella iba un pregonero diciendo: “Esta es la justicia del rey”. Cecilia adelantaba el paso, recibiendo los azotes y ensimismada pensaba:

– Cómo es que estos verdugos han convertido nuestro Haucaypata en Wakaypata, obligando ver inhumanas ejecuciones y martirios a hombres y mujeres valientes que tenían vida social comunitaria.

Después de haber recorrido un largo trayecto, una voz gritó:

– Aquí está la infame ilusa y traidora del rey.

Entonces Cecilia se dio cuenta que habían llegado a la cárcel, donde la tiraron dentro una celda sucia y fría, en el silencio sepulcral que golpeaba como los azotes que acababa de recibir. Pero después de días, cuando la mandaron a buscar para desterrarla, salió el carcelero beodo riendo y dijo:

– ¡Jajajaj, Cecilia murió por causas naturales!



Al ver cumplida su orden de castigo, el chapetón, que quiso matar los sueños de Cecilia, salió arrogante a las calles celebrando que al fin había terminado con “aquella mujer insolente”. Pero, ese día, todas las puertas estuvieron cerradas y las calles vacías, pues nadie salió de casa. Pasaron los días y todo seguía igual, hasta que el chapetón no soportó más y disfrazado de corderito, pidió a gritos que las mujeres salgan. Pero, como todos se dieron cuenta de sus mañas, nadie le hizo caso. Con el tiempo, el chapetón, hundido en la locura, comenzó a escuchar una voz interior que le decía: “Dónde estás Antonio de Arecheeeee, dóndeeee estásssss, dóndeeeee”. Finalmente, temblando de miedo ante sus propios pensamientos, salió del pueblo corriendo sin rumbo, hasta desaparecer.



En aquel momento, el viento palideció, tornándose perfumado; se escuchó la melodía libertaria de kachampas que, al compás de quenás, tinyas, antaras y pututos, despertaron a las aves que empezaron a trinar sus cuitas. Hembra y macho bailaron intensamente en los campos salpicados de florecitas coloridas, alcanzando las estrellas en el firmamento. Cual niños, cogidos de las manos, anunciaron: “Libertad y paz”. Las mujeres salieron y siguieron su camino al allin kawsay, el buen vivir en comunidad, tal y como lo sabían: varón y mujer, hembra y macho, respetándose.

# Glosario

**Kipirina (quechua).** Mantilla tejida de colores.

**Wawa (quechua).** Bebé.

**Ñuqchu (quechua).** Flor roja que crece en los Andes.

**Ichu (quechua).** Paja que crece en los Andes.

**Chapetón.** Se llamaba así a los españoles recién llegados a América durante la Colonia.

**Tayta inti (quechua).** Dios sol.

**Haucaypata (quechua).** Lugar del deleite y holgura.

**Wakaypata (quechua).** Lugar del llanto.

**Kachampa (quechua).** Melodía y danza andina.

**Quena.** Flauta de caña propia de los pueblos andinos.

**Tinya (quechua).** Instrumento de percusión, parecido al tambor, propio de los pueblos andinos.

**Antara (quechua).** Flauta hecha con cañas de carrizo, similar a la zampona, propia de los pueblos andinos.

**Pututo.** Instrumento de viento fabricado con una caracola marina, propia de los pueblos andinos.

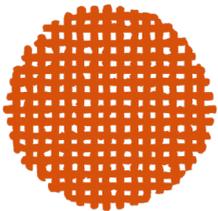
**Allin kawsay (quechua).** Buen vivir en comunidad.



**Sandra Zarela Carhuarupay Jara**  
(Cusco, Perú)

“La dulce ñusta Cecilia”

Nacida en Perú, en la región de Cusco –“Patrimonio cultural de la humanidad”–, provincia de Quispicanchi. Lleva veinticinco años de servicio en el área educativa, veinte de ellos ocupando cargos directivos. Desempeña su labor en el nivel inicial, primario, especial y superior; actualmente, es docente de aula en jardín de niños. Especialista en educación inicial, coordinadora educativa, facilitadora en fortalecimiento de capacidades docentes, impulsora cultural, integrante de Biblioteca Sobre Ruedas y participante en talleres culturales. Autora del libro para niños *Cuentos del colibrí*, relatos sobre historia no oficial para el fortalecimiento de la identidad cultural desde la niñez.



**REPEM**

RED DE EDUCACIÓN POPULAR ENTRE  
MUJERES DE LATINOAMÉRICA Y EL CARIBE

Con el apoyo de:



DVV International

BMZ



Ministerio Federal de  
Cooperación Económica  
y Desarrollo